

ilustrado claustro á los Sres D. Simón Vila y Vendrell, catedrático de Química inorgánica, y D. Valeriano Fernandez Ferráz, catedrático de Historia de la Filosofía, muy conocedor del país que íbamos á visitar y de las Repúblicas del centro de América.

Uniéronse también á la Comisión, con gran satisfacción de ésta, D. Francisco Paradela, inteligente ingeniero director de las obras del puerto de la Habana; D. Mauricio Dussacq y D. Arturo Laffite, vocal el primero y secretario el segundo de la Junta directiva del comercio; D. Juan V. Schwiep, *reporter* del importantísimo *Diario de la Marina*; D. Joaquín de la Peña, director de *La Avanzada*; D. Salvador Pujol, *reporter* del *Boletín Comercial*, y D. Manuel Abenza, corresponsal de *La Patria*.

Además embarcaron en el *Magallanes*, negándose el presidente de la Comisión y á la vez jefe de la sección naval de la casa del Marqués de Campo á que abonaran su pasaje, D. Antonio Lavandeira, ingeniero jefe de la segunda sección del Canal de Panamá; D. René Echarte, ingeniero auxiliar, y D. José Lavandeira.

Desde nuestra salida del muelle de San José de la Habana el 6, á las siete y media de la mañana, hasta las doce de la noche, en que doblamos el cabo de San Antonio, no ocurrió nada que no fuera lo normal y propio de una navegación tranquila, aunque con mar gruesa y viento fresco del NO. En la madrugada del 7 pasó el buque entre los islotes llamados de los Caimanes. El 8, como á las seis de la tarde, empezamos á ver la costa de Jamáica y al anochecer del 10 avistamos la del Istmo. Entonces moderó su marcha la máquina. Habíamos andado, por término medio, 11 millas por hora.

La presión atmosférica durante la travesía fluctuó entre 754 mm. á la salida y 746 al llegar á las costas de la América Central. La temperatura máxima fué de 28° centígrados y la mínima de 23°.



XIX.

Nuestro arribo á Colón.-Aspecto de su puerto.-Almuerzo á bordo y brindis que se pronunciaron.-Entrada libre.-La colonia española.

Antes que la alborada clarease el horizonte, nos encontramos en el puente del *Magallanes*, ansiosos de regocijarnos contemplando la luz del puerto que señalaba el objetivo de nuestra expedición marítima, permaneciendo en aquel punto acompañando al capitán Sr. Perez hasta el momento mismo en que subió el práctico.

A las ocho de la mañana divisamos la rada de Colón y una hora despues entrábamos en ella, fondeando en el centro de la misma, en espera de que saliese del muelle el vapor-correo inglés para ir á ocupar nuestro buque el puesto que aquél dejara. La rada es abierta y no reúne condiciones para poder estar ancladas las embarcaciones en caso de vientos fuertes del Norte, allí muy frecuentes. Lo peligroso de ella lo revelan varios buques idos á pique encallados el pasado invierno. La vegetación es en Colón más fértil y frondosa que en Puerto-Rico y en Cuba.

El puerto está situado sobre el Atlántico y unido al de Panamá, sobre el Pacífico, por un ferrocarril que atraviesa el Istmo, objeto de los trabajos del gran Canal interoceánico.

El aspecto que presenta Colon á quien por primera vez lo visita es el de una ciudad nueva, con todos los rasgos característicos de la vida cosmopolita. Cuenta con grandes almacenes en los muelles para depósito de mercancías y de materiales destinados á las obras del Canal que ha de unir los dos Océanos. El movimiento continuo de trenes, el incesante sonido de las campanadas que anuncian el paso de locomotoras por la via y otros detalles que saltan á la vista apenas se fondea, revelan bien claramente la magnitud de la empresa destinada á romper la barrera que dificulta la navegación, contiene el desarrollo del comercio universal é impide que sean tan estrechas y fecundas en prosperidades recíprocas las relaciones de todo género entre los antiguos y el nuevo continente.

Siempre que se llega á puerto tras larga travesía, impera el júbilo en el ánimo de los expedicionarios: los que se marean, por haber cesado sus angustias: los marinos, por reparar sus fuerzas, harto combatidas por sus rudas faenas durante el viaje, y todos por pisar tierra despues de algunos días de no ver otra cosa que agua y cielo, generalmente cubierto de nubes.

Mientras el vapor-correo británico dejaba libre el muelle en donde debíamos fondear, se nos sirvió el almuerzo, que fué más espléndido que otros días, para festejar el fin de nuestra navegación. Hubo brándis. Los inició el ingeniero Sr. Paradela en los siguientes términos:

«Señores: En nombre de los comisionados que hemos venido de Cuba, me creo en el deber de manifestar, antes de poner el pié en tierra, nuestro recuerdo al señor Marqués de Campo, iniciador de esta expedición exclusivamente española, por quien brindó en primer término. Brindemos también, señores, por que así como á la poderosa y patriótica iniciativa

del Marqués de Campo se debe el viaje que realizamos para honra nuestra y en beneficio de nuestro país, á él también se le deba el establecimiento de la primera Compañía española de vapores que atraviesen el Canal y que habrán de estrechar sin duda alguna los sentimientos de fraternidad que todos sentimos por las Repúblicas hispano-americanas.»

El Sr. Schwiep, *reporter* del *Diario de la Marina*, brindó, en nombre de la prensa de la Habana, por la Comisión enviada á aquellas aguas y por el ilustre Marqués de Campo.

Llegó su turno al corresponsal de *La Correspondencia de España*, y brindó por la pátria, hácia la cual, dijo, sentia amor más intenso á medida que más lejos se veía de ella; por Francia, en la que nacen génios cual Lesseps, que son la admiración del mundo; por las Repúblicas americanas y singularísimamente por la del Ecuador, dos de cuyos ilustres hijos, los Sres. D. Gabriel Arsenio Ullauri y D. Miguel Toral, nos acompañaban en la expedición desde la Habana, revelando en diferentes ocasiones su amor y simpatía por la madre pátria.

El Sr. Ullauri brindó en los siguientes términos:

«Señor Brigadier, Señores:

»Hace tres siglos que la bandera que hoy flamea en el tope del *Magallanes* se enseñoreaba de estos mares y de las pintorescas playas del puerto de Colón que tenemos á la vista. Esta bandera es digna del respeto y consideración de los americanos, que vemos en ella el noble y glorioso estandarte de la madre pátria, y tengo á mucha honra saludarlo á nombre del Ecuador en este momento de justificado y gratísimo entusiasmo. Brindo, señores, por que, en el día de la inauguración del Canal de Panamá, la bandera de España ocupe el lugar que le corresponde, y permanezca unida siempre á las de la América libre y á la de la pátria del GRAN FRANCÉS.»

El presidente de la Comisión científica, señor brigadier Sanchez, pronunció un elocuente brándis expresando su gratitud en

nombre del Marqués de Campo por los elogios á éste tributados. Enumeró las ventajas que para el comercio universal tendrá la apertura del Canal, cuya inauguración puede ser precursora de inteligencias que estrechen los lazos que existen entre España y las Américas independientes.

Extendióse en consideraciones atinadísimas acerca de la importancia de la misión que España tiene que llenar, para no ir á la zaga de las demás potencias en cuestiones en las que, aparte del honor del pabellón nacional, se trata de intereses mercantiles de gran cuantía para nosotros, si sabemos aprovechar las circunstancias.

Brindó por los ecuatorianos presentes, á los que encargó fueran intérpretes en su país de las simpatías que los españoles sienten por ellos y por todos aquellos que formaron parte un día de la nación hispano-americana.

El ecuatoriano Sr. Toral pronunció las siguientes frases:

« Señor Brigadier, Señores:

» Mi palabra, por razón de mi edad, es la menos autorizada en este momento; pero cuando se ha invocado el nombre de mi patria, debo expresar mi gratitud y sincero reconocimiento para con la respetable Corporación española. Deseo, señores, que con la apertura del Istmo se estrechen más y más los lazos de la madre patria para con las Repúblicas de América, especialmente con el Ecuador, guardando su independencia.»

El Sr. Dussacq, representante del comercio de la Habana, francés de nacionalidad, expresó su gratitud por los elogios tributados á su país y á Mr. Lesseps.

Resumió los brindis el Dr. Sr. Fernandez Ferráz, con el que sigue:

« Señores: Ya parece agotado el tema de los brindis en la ocasión presente. Pero á poco que fijemos nuestra atención, tratándose de España y América, el asunto es inagotable. Aquí, en estas aguas, primeramente surcadas por nuestros legendarios navegantes; ante esta tierra que descubrieron nuestros

héroes, que han regado con su sudor y con su sangre, que han civilizado nuestros grandes progenitores, no podemos menos de recordar con agradecimiento profundo y saludar con vivo entusiasmo el glorioso nombre de España, la querida metrópoli de tantas jóvenes Repúblicas como aquí hablan nuestro idioma, y hoy nos abren sus brazos para recibirnos con fraternales muestras de cariño. Me uno, pues, con satisfacción á los propósitos, y puedo hacer mias las elocuentes palabras del señor ingeniero Paradela, enalteciendo las generosas empresas del Marqués de Campo, alma y génio protector de este viaje, y creo interpretar fielmente los deseos de mi querido colega universitario, el Dr. Vila, y de quien nos ha enviado aquí, así como también las aspiraciones de toda esta sábia Comisión. Resumiendo los entusiastas brindis de todos los señores que acaban de hablar, representante yo, aunque el último en méritos personales, del primer establecimiento docente de la isla de Cuba, que es España en América y América en España, no puedo menos de acceder gustoso á la galante invitación de nuestro ilustrado Presidente, tan lisonjeramente secundada, brindando por las fraternales relaciones de esta ya ilustre tierra de la democracia y nuestra querida madre España, y por la siempre rica Perla de las Antillas, la cual, realizada esta obra titánica del *Gran francés*, será cada vez más, ahora y en lo porvenir, brillante lazo de unión entre el pueblo español de Europa y los pueblos españoles del Nuevo-Mundo, que forman ya, en idea, y de hecho constituirán en su día, la grande, la gloriosa, la inmortal nacionalidad española.»

Este discurso, como los que le precedieron, acogiéronse por los comensales con vivas y aplausos.

Terminado el almuerzo, subimos á la toldilla del buque á contemplar el pintoresco panorama que ofrece desde la bahía la villa de Colón, en el preciso instante en que tres lanchas, con la bandera española en la popa, se aproximaban al *Magallanes*, balanceándose, efecto del mar revuelto entonces rei-

nante, como débiles juncos combatidos por viento huracanado.

Los balances de babor á estribor y de proa á popa, á cuál más violento, no fueron obstáculo para que los músicos, que en una de ellas venian, festejaran nuestra llegada con los acordes de la Marcha Real, y para que los españoles que ocupaban las dos restantes gritaran con entusiasmo: Viva España! ¡Viva el Marqués de Campo! Viva la Comisión española!

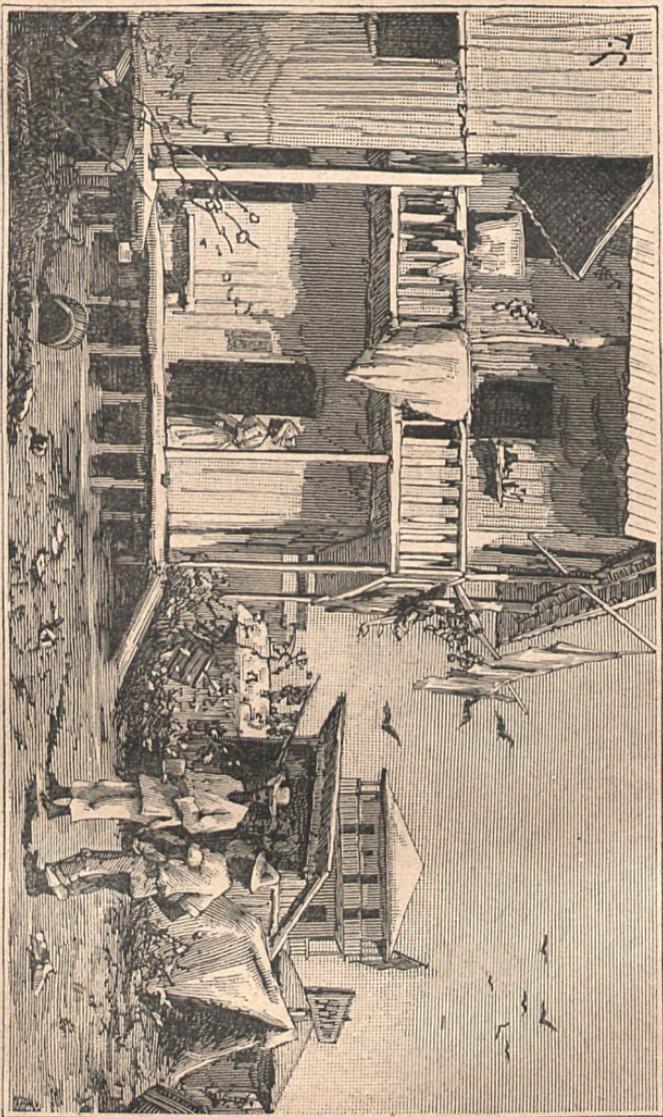
Fondeó el *Magallanes* en el muelle ya citado á las once de la mañana, sin que nadie exigiera, antes ni despues, la documentación que comprobara su procedencia y estado sanitario de tripulantes y viajeros.

Colón es puerto libre en el más amplio sentido de la palabra. Se comprende que así sea. Por infestado que esté un barco que llegue á sus aguas, no importará mayores peligros de los que para la salud existen en la población. Ya hablaremos de esto más adelante.

Apenas las anclas de nuestro buque se sumergieron en el fondo de las súcias aguas del puerto, subió á bordo una comisión de la colonia española, compuesta de los Sres. D. Adolfo Molina, D. Antonio Rodriguez, D. Diego Martinez y don José M.^a García, quienes nos ofrecieron franca hospitalidad y cuanto pudiéramos necesitar durante nuestra estancia en Colón, pues estaban resueltos á tomar parte en el generoso arranque del Marqués de Campo, persuadidos de lo mucho que enaltecia á la pátria y de lo útil que podria ser para la aspiración, ya acentuada, de estrechar fuertemente los vínculos de simpatía y de amor que unen á nuestro país con las Repúblicas que un dia fueron posesiones españolas.

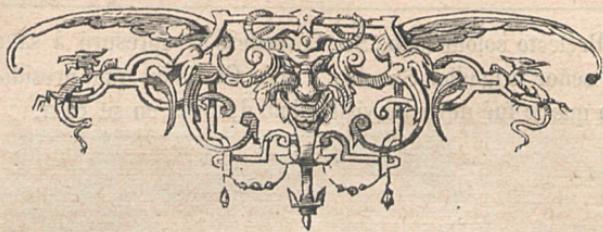
El vicecónsul español, Sr. D. Juan C. Stevenson, hizo tambien á la Comisión todo género de ofrecimientos, que, como los de los ciudadanos antes mencionados, fueron agradecidos, pero no aceptados, porque hallándose fondeado el *Magallanes* junto al mismo muelle, habíamos resuelto pernoctar á bordo el tiempo que estuviéramos en Colón.





Una calle de Colón.

El Prefecto colombiano, Sr. Céspedes, se apresuró á saludar al señor brigadier Sanchez y á la Comisión que presidia, saludo que le fué devuelto visitándole despues en su casa.



XX.

Colón.

Cumplidos los deberes de cortesía, nos apresuramos á recorrer la villa; pero antes de apuntar las ligeras notas que conservamos en nuestra cartera, permítanos el lector digamos algunas palabras sobre la situación topográfica del país.

A la entrada de la bahía de Limón hállase la isla de Manzanillo, que un pequeño brazo de mar separa de tierra firme.

La villa de Colón está situada en la costa septentrional de la isla. La bahía tiene unos 30 kilómetros cuadrados de superficie y nueve de profundidad en la parte donde desemboca el canal.

Los muelles forman una avanzada. Son de madera y malos. Cubiertos con zinc hay dos, uno de los cuales es propiedad de la Compañía del Canal y del ferro-carril interoceánico. Por atracar al muelle se pagan 25 pesos é igual cantidad cada día que en ellos esté la embarcación.

Está unido el puerto al de Panamá, sobre el Pacífico, por

un ferro-carril que atraviesa el Istmo, objeto de los trabajos del Canal interoceánico.

El aspecto de Colón es el de una ciudad provisional, creada por las circunstancias y en la presunción de que puede vivir poco tiempo. Todas las casas son de maderas americanas.

La calle que dá frente á los muelles del ferro-carril y del mar reúne los mejores edificios. En ella están los principales hoteles, siendo el más vistoso el de Roma. A corta distancia de dicho establecimiento hállase el Club de extranjeros, que es un casino bien acondicionado. Siguen despues tiendas, almacenes y casas de reputación dudosa, que darian materia para curiosísimas revelaciones, si las creyéramos de este lugar; y acaba la superficie de tierra que baña el mar con un paseo delicioso, en cuyo extremo ha sido colocada recientemente, sobre esbelto pedestal, la magnífica estátua en bronce que regaló la emperatriz Eugenia y que representa á Cristóbal Colón protegiendo á una india, que tiene la vista fija en el viejo mundo. Dicho paseo y las casas que junto á él se han construido, y que constituyen el lindo barrio francés, están enclavadas en terreno ganado al mar: su perimetro escede de 1.200 hectáreas. Inmediatos al monumento erigido á Colón se construyeron poco antes de la visita que Mr. Lesseps hizo á las obras del Canal dos grandiosos chalets, que costaron ochenta mil duros. ¡Lástima de dinero empleado en aquellas construcciones!

En el barrio francés hay un buen restaurant, una cantina americana y otros establecimientos análogos bien servidos.

Paralela á la calle que á grandes rasgos hemos descrito existe otra, larga, recta y de treinta metros de anchura. También en ella abundan los establecimientos mercantiles y las fondas, siendo la mejor de éstas la del Comercio, propiedad de un laborioso gallego, D. José García.

En dicha calle, que se titula de Bolívar, fué ahorcado, hace dos años, el revolucionario Pedro Prestán, jefe de los rebel-

des que prendieron fuego á la ciudad, reduciéndola á pavesas. En el centro de la vía estaba aún, cuando visitamos aquella localidad, el wagón-plataforma que sirvió de cadalso á aquel terrible insurrecto. Antes que Prestán, habian sido ejecutados Cocobolo y Potosel, que tomaron parte muy activa en aquellos tristes acontecimientos. Cocobolo era natural de Jamáica y Potosel de San Thomas.

En Colombia, como en otras Repúblicas americanas, se conquistan los entorchados venciendo en una rebelión á las fuerzas leales al poder constituido. En España se han visto ejemplos de obtener dos grados por quebrantar la disciplina, pero no se ha dado el caso, y Dios quiera que no se dé, de pasar de la clase de paisano á general de división al terminar una batalla. Perdone el lector esta digresión.

En Colón se desconoce cuanto hace relación con la higiene pública, y no hay rastro de policía urbana aún en las calles principales; las restantes están situadas en lagunas cenagosas que despiden una fetidez insoportable, efecto de la descomposición de vegetales, animales y excrementos humanos amontonados á granel por todas partes. Las ranas cantan día y noche á las puertas de las casas, y las ratas se pasean por las calles con la misma osadía que se burlan los gorriones en el Prado de Madrid de los niños que pretenden cazarlos.

A la vista de tan repugnante espectáculo, preguntamos si ocurrían muchas defunciones, y la contestación que nos dió un guardia de policía, sentado en el ángulo de una manzana de casuchas, con el fusil entre piernas, no fué nada satisfactoria:

«La noche última solo se han encontrado cuatro muertos en las calles.»

Comprendió el bueno del guardia que no nos habia hecho gracia la noticia, y añadió con impasibilidad: «Ahora hay mucha salud aquí: el invierno último recogíamos diariamente 25 ó 30 cadáveres, abandonados en las calles unos y que se

morían en ella otros, sin permitirles la fiebre llegar á sus casas. Dentro de poco, cuando empiecen las lluvias, apretará la fiebre y nos moriremos como moscas.»

Quisimos averiguar si son respetados estos guardias, llamados allí gendarmes, por más que no llevan más prenda de uniforme que una gorra parecida á las que usan los empleados de Consumos en España, y á nuestro interrogatorio contestó:

«La gente de color es aquí muy mala y nos dá mucho que hacer, pero los tenemos á raya, porque si no nos respetan, sacamos un cartucho (llevan los proyectiles en los bolsillos del pantalón), apuntamos, tiramos y allí se queda. Uno de los más malos estuvo en medio de la calle tres días sin enterrar, para escarmiento de los demás.»

No deja de ser eficaz el argumento que se emplea cuando la autoridad se vé hollada. Todo se necesita en un país en el que se prende fuego alguna vez á una casa, sin otro fin que el de robarla, ó se asesina en cuanto anochece á un transeunte para arrebatarle el reloj y el dinero que lleve encima.

Debemos consignar aquí que desde que ejerce como Prefecto de Colón el Sr. Céspedes, la seguridad pública tiene mayores garantías y no se repiten con la dolorosa frecuencia de antes los asesinatos y robos.

A travesando ruinosos puentes de madera, que permiten la circulación por encima de las corrompidas aguas encharcadas, nos encaminamos al cuartel en donde tiene su residencia la fuerza militar que guarnece Colón, y que consiste en 40 soldados, un capitán y tres oficiales. Solicitamos permiso al jefe para visitar el cuartel y no tuvo por conveniente complacernos. Sin embargo, nos fué permitido ver el interior del barracón desde la puerta del mismo. Como capacidad, la tiene suficiente para la fuerza acuartelada. Su estado de policía dejaba mucho que desear. Los soldados vestían pantalón encarnado, blusa de dril crudo y kepis; su armamento era Remingthton y los proyectiles los llevaban en cintos de lona, con tubos de hoja de

lata para la colocación de los cartuchos. Los soldados no se distinguen por su marcialidad.

Visitamos despues el barracón que sirve de cárcel. Una valla de madera separa á los procesados de los funcionarios que los custodian. Estos duermen en hamacas y aquellos sobre las tablas del piso. Habia á la sazón 90 presos, casi todos de color. Cuando entramos en aquel local era la hora de comunicación. Varias negras, vestidas con trajes de señoritas, se encontraban visitando á aquellos desgraciados, á los que les unian vínculos de amistad ó de familia.

Lo que en Europa llamamos el colmo de la cursilería, es en Colón un prodigio de elegancia, sobre todo en las mujeres de color. No hemos visto nada más grotesco que un niño, más negro que el azabache, vestido de blanco, con lazos de color rosa y sombrero de paja con cintas azules.

De los 90 presos citados, solo dos ó tres lo están por hechos criminales; la mayoría hállanse reclusos por reyertas de poca monta, por raterías ó por escándalos y embriaguez.

El barrio americano está en el extremo opuesto al francés é inmediato al Hospital de la Compañía canalizadora. Sus pabellones son tan elegantes como los de los franceses y el terreno es relativamente tan bueno como el de aquél. Todo el afán de los americanos es lograr un imposible: que desaparezca de allí el nombre de Colón y sea reemplazado por el de Aspinwall, que fué para el ferro-carril que atraviesa el Istmo lo que Lesseps para el Canal interoceánico.

Los capitalistas presentian los inconvenientes que la obra ofrecia por la mortalidad horrible que ocasionaba, pero tenian fe ciega en aquel génio mercantil y aportaron cuantas sumas fueron necesarias para realizar el atrevido proyecto que tan fabulosas ganancias produjo, y que es aún una mina de oro, no obstante la mala administración de que se resiente, á nuestro juicio, aquella empresa.

Lesseps es la garantía de que el Canal se terminará en un

corto período de años. A la confianza que inspira su nombre á los principales banqueros del mundo, se debè el éxito de las colosales obras que acomete. No depositan en vano su confianza los capitalistas en Mr. Lesseps, puesto que él expone más que aquellos; expone su vida, cuando es preciso, para que no sufran quebrantos los intereses á su acometividad confiados. Dígalo sino la reciente y arriesgada visita que este eminente ingeniero ha hecho á aquella mortífera región.

No aventuramos mucho al suponer que Mr. Lesseps fué al Istmo impulsado más por cálculos y necesidades financieras que por voluntad propia y por no estar bien enterado del curso que llevaban las obras.

Como nuestra misión no nos lleva á escudriñar las causas á que pudo obedecer la cita que á varias naciones se hizo para que asistieran á aquel acto, nunca bastante ponderado, de Mr. Lesseps, seguiremos ocupándonos de la villa de Colón.

En una plazoleta inmediata á la capilla protestante (antiguo templo católico), único edificio de piedra que allí existe, hay una especie de jardincillo, muy descuidado por cierto, en el cual se levanta un elegante monumento á la memoria de William H. Aspinwall.

En la capilla protestante antes mencionada, cuya arquitectura es ojival, contrajo matrimonio Prestán, minutos antes de ser ejecutado. A corta distancia de ella encuéntrase el sitio en donde fueron ahorcados Cocobolo y Potosel.

Poco más allá hállase el barrio del Espinal en el que radica el Hospital de la Compañía canalizadora. El sistema de su construcción es el de pabellones aislados, que se levantan sobre cubos de mampostería al borde del mar. Las olas baten sus cimientos en las mareas altas. Preceden á la entrada de los pabellones pequeños parquecillos. Hay en ellos ocho salas, unas con 20 camas y otras con 16. Las primeras tienen camas de hierro con muelles y las otras catres de tijera con colchonetes. Existían en la fecha de nuestra visita al establecimien-

to benéfico 67 enfermos, atendidos con esmero. De ellos solo cuatro sufrían la mortífera fiebre perniciosa que tantas víctimas ocasiona.

Habia antes una sala para enfermos, extraños á los que sirven á la Compañía que lo sostiene; pero no habiendo abonado el gobierno colombiano la subvención que señaló para este humanitario servicio, fué cerrada al poco tiempo, y hoy no tienen hospital donde curar sus dolencias los habitantes pobres de Colón.

Frente á los pabellones antes citados está el de mujeres, y en él vimos á cuatro, de las cuales dos estaban sin esperanza de salvación. Por cierto que eran viudas de empleados en las obras del Canal.

La superiora del Hospital, sor Teresa, religiosa francesa, que presta sus humanitarios servicios en América hace diez y seis años, tuvo la amabilidad de acompañarnos en nuestra visita, y á ella debemos el poder afirmar que el Hospital de la Compañía del Canal en Colón cuenta con todos los elementos que requiere un establecimiento de tal índole. Los alimentos son de primera clase, las despensas están bien provistas y los almacenes guardan existencias suficientes para mucho tiempo. La farmacia es de las mejores de su clase.

La asistencia de cada enfermo costaba cinco pesos diarios. Hay en él dos médicos, dos farmacéuticos, diez y seis enfermeros y seis hermanas de la Caridad, que prestan los servicios de su piadosa institución con la abnegación y el heroísmo del que siente la vocación de que se hallan poseídas en bien de la humanidad doliente.

En dicho Hospital murió hace poco el ingeniero Sr. Melpot.

En Colón no hay mas capilla católica que la que existe en este edificio, y en ella oyen misa los dias festivos unos cuantos españoles y algunos de las colonias de la Martinica y de Santa Lucía, únicos católicos que allí siguen las prácticas de nuestra sacrosanta religión.